

#5.

SERPENTINA

3 OTOÑO
1958



SE HACE CEMENTO ARMADO

COLABORAN: SUSSMAN - TIZZIANI -
KARGIEMAN - QUEVEDO - WENNER -
ARACAMA - RINALDI - RUEDA - MASSA -
LOYACONO - GARAVAGLIA

LA SILLA Y SU IMAGINACION

Es tiempo de vivir en un mundo concreto, habitado por seres concretos; con sus realizaciones, experiencias, conocimientos, imaginaciones. Es conveniente abandonar las «esencias y sustancias en sí mismas para sí mismas», para referirse a esencias y sustancias reales; en fin, desear la «concretez fuera de lugar».

Es frecuente oír o decir con la difusa sospecha de no saber de qué nos hablan o hablamos. Entre nosotros se usa el lenguaje impunemente como un instrumento «útil para producir sonidos ásperos». Casi todo lo escrito en español es la vacuidad andante; pomposas resonancias sin sentido fuera de su «rigor gramatical». Confieso, cuando se me dice «la libertad es la esencia de la democracia» no saber a qué «especie de esencia se refiere ese buen señor» (1).

En fin, demos a la palabra el sentido que convenga a la cosa de quien se habla. Porque el lenguaje puede ser un medio para producir el «ocultamiento de la cosa» o para explicitarla, subirla a la luz del corazón o del intelecto.

Los sustitutos de las cosas reales no sirven para mover cosas reales: cumplen su triste oficio de taparabos.

Veamos.

1) El Universo en que vivimos es un Universos solidario; no existen islas solitarias ¡es un Proceso; cada objeto deviene imbricado con otros objetos en un eterno juego de contradicciones reales que no agotan sus contenidos reales en ese juego.

2) El hombre —como parte de ese Universo solidario— es una realidad concreta y solidaria, es su devenir autocreador; es una criatura autocreada; es una unidad compleja de multiplicidades que viven en ella y renuevan continuamente sus contenidos ¡es una novedad constante. Soy una criatura, tengo un donde y un cuando; vivo en Buenos Aires en el mes de marzo de 1958; tengo mis problemas: trabajo, necesito comer; amo y odio a seres cuyos nombres y rostros conozco; cada día verifico el cambio de color en las hojas de un plátano en el fondo de la casa de mi vecino. Todo lo que sucede a mi alrededor tiene la suficiente consistencia como para darme cuenta que el policía «ése de la esquina» que me detiene es real, que es la prolongación real de un poder real ejercido por hombres reales. El Estado abstracto y justo es una misteriosa cosa sin lugar ni tiempo: El poder lo detenta (por lo menos hasta ahora) una clase social, cuyos personeros son los gobernantes de turno.

El hombre es una realidad solidaria; quien lo niegue busca motivos para suicidarse; corramos a ofrecerle el revólver.

Hace muchos siglos que los hombres saben que lo real es la vida de los hombres y no el «Orden» que se invoca para condenarlos a criminales tormentos.

Estamos viviendo el drama del experimento anti-solidario. Un grupo de individuos vive la bárbara ilusión de que sus miembros constituyen una especie de hombres, exentos de la condición de los mortales comunes. Su ideal es un monstruoso «Ser-Idea» —esto como ilusión metafísica pasa— pero para sostener ese bello aborto es necesario poner en movimiento (y éste es real!) una aberrante capacidad de brutalidad. Son «ellos» las sagradas «mónadas» los que pretenden negar el devenir creador. Son los «ilusos» que imaginan una historia según el esquema de Adán y Eva, los predicadores «angustiados» de la necesidad de separar el espíritu de la materia; son los atraídos, los que aconsejan que «querer es poder» y aplican la

máxima gloriosa «Poder es querer». Su permanente intento es escamotear las esencias reales de las cosas; para ellos «lo que es, es; lo que no es, no es». Pero el «Parnaso de las musas, los soberbios caballeros atenienses; la sentencia: hombres naturalmente esclavos» han sido barridos por «algo inexplicable que ha sucedido»; y una Bomba Atómica le ha salido en la boca a Párménides. «Ya sé!... —diréis— es un forniculo pasajero». Pero nadie es inmortal sino en la medida en que trasciende su inmortalidad y se convierte en totalidad actual.

La sociedad humana deviene, no ha dejado de hacerlo un sólo instante de su historia; es una praxis constante. Cuando algo deviene se puede decir algo; yo vengo y renuevo la historia, ocupo plenamente mi lugar y mi tiempo. Se dice que el hombre no cambia. No es cierto. Lo que no cambia es «su presentación» (siempre ha caminado en dos pies) pero sí su contenido histórico; este contenido que se manifiesta en ser individual y ser colectivo y ritmo universal también se llama «devenir histórico»; el producto más concreto de este devenir es la criatura social percipiente y participada.

El hombre es libre por ser su autocreador. No es libre por exclusión sino por participación: yo soy en cuanto me realizo totalmente, yo personalmente entre otros hombres reales y personales. La libertad entendida como «propiedad privada de los individuos» es limitación, es limitación de los deseos de trascendencia, carencia de inmortalidad; experimento fallido; «ser-ahí» (2) y nada más (esto también ocurre con los corpúsculos electromagnéticos).

El delirio es la enfermedad divina de la realidad.

La sociedad humana camina hacia la integración de la criatura individual en la criatura social y viceversa, es la praxis solidaria; también llamada revolución social; es también un mundo de amor, de amor encarnado.

Cada criatura es igual y es distinta; lo que tiene de igual la lleva a buscar la otra criatura; lo que tiene de distinto es su atracción para la otra. Todo esto es concreto y tocable. Por eso la criatura actual (yo sufro) por su actual estado de «mercancia intercambiable, usufructuada sin su participación voluntaria». Se nos está obligando a vivir la estupidez del samsara indú.

El profeta dijo: «Profeticé, fué, como él me mandó, y entré espíritu en ellos, y vivieron y estuvieron sobre sus pies, un ejército grande en extremo» (3). Lo que deviene en estos momentos es el amor que se convertirá en huegos, sangre, piel, ojos, bocas y oídos para sostenerlo, darle movimiento, tacto, visión, expresión y audición. Los poetas desde los tiempos bíblicos lo vienen anunciando y viviendo con insobornable luzidez.

Lo que deviene en estos momentos es la praxis del espíritu autocreador. Dios también se renueva y actualiza como criatura. Lo que deviene en estos momentos es también la praxis del «amamos los unos a los otros» de Cristo.

De paso denuncio.

Fariseos son los que utilizaron y siguen utilizando el nombre de Cristo para destruir su mensaje más real y accesible: su palabra de vida. Católicos, protestantes, anglicanos, evangelistas... sois unos traidores al servicio de una manga de asesinos que asolan la tierra. ¡Hipócritas!

Esto implica esto.

Vivimos en estos momentos una situación límite. Por lo tanto hay que elegir.

Veamos.

- Libertad como aceptación esperanzada.
- Libertad teórica o libertad como conocimiento.
- Libertad como elección en la rebeldía solidaria.

Rechazamos la primera por implicar la aceptación de un orden apriori «at aeternum»; es el orden de la clase dominante de turno; es la sobra arrojada al perro bueno y pasivo.

Para la segunda (4).

«Precisamente eso, no existir para algo ajeno sino para sí mismo, eso es lo que la lengua humana llama libertad» (5)

Este caballero es un católico apostólico romano ;es un digno exponente del realismo crítico, un precioso coito de Aristóteles y Maquiavelo.

Bien señor Pieper-Criterio.

O bien la libertad es praxis del espíritu devenido en un cuerpo humano y actual o bien es como usted dice «existir para sí mismo», esencia sin realidad, cápsula vacía.

La libertad como concepto formal no deviene: es eso: forma y nada más. La simple voluntad de hacer conocimiento implica una dosis de praxis. No creo en los self-made-men, son seres tremendamente limitados, ellos son los campeones del slogan «querer es poder». Para mí, el ser hombre no es solo lo que se pretende de sí mismo, sino también su participación. Entendámonos, hablo de un hombre totalmente realizado; no de esos abortos dolorosos, degradados a la mera utilidad de artefactos productores de utilidades, bellos ejemplares de la cultura oficial de Occidente.

Volvamos a nuestro tema

El mundo en que vivimos es un proceso, no un objeto dado «para la contemplación pura». Los objetos no son pasivos, confiesan sus amores y sus odios —si hemos de creer en Demócrito—; son algo que deviene —o ya está —al estado de criatura.

Participar del movimiento no es cosa despreciable, siendo que nada se está quieto. El señor Pieper y yo a pesar de nuestro deseo de gozar de la contemplación divina de las «ideas» participamos del movimiento, cada día de nuestra vida es una evidencia en ese sentido. Pero lleguemos a un acuerdo de caballeros tipo Repetto-Chanurdie y sentémonos a esperar hasta que el mundo se convierta a nuestra imperturbable nostalgia de la «idea eterna en su forma».

¿Para qué la imaginación creadora? nos basta un recipiente herméticamente cerrado con una estrella de terciopelo suspendida en su centro.

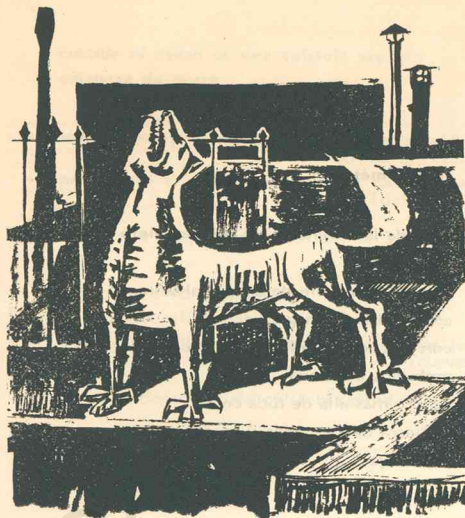
Pero algo vuelve a inquietarme... Los objetos a pesar de nuestra voluntad no intervencionista tienen una temible actualidad, parecen quietos sobre la eternidad que constantemente se renueva —según ya sospechaba Platón—. Una piedra existe en nuestro tiempo, aunque por debajo de ella algo se esté desmoronando. Yo soy el poeta concreto, hecho de hombre y de movimiento y de choques: hecho de mundo. Los objetos y yo somos de algún modo en el mundo en un lugar y en un tiempo precisos. Para nosotros es una realidad como lo es estar en una cárcel; quiero decir así como la piedra se compone de elementos reales, mi libertad se compone de elementos reales o en la negación de ellos —es cuando se me priva de mi libertad.

Es cierto, los objetos y yo estamos en el mundo, somos un lugar y un tiempo del mundo. Participamos. En un momento dado somos algo más que lo simplemente dado; es entonces que trascendemos nuestra limitación sujeto-objeto y somos nosotros y nuestra participación en un proceso más vasto; es cuando tenemos la certeza de estar en el mundo viviendo y tratando de resolver nuestras angustias contradicciones; y sentimos la cercanía de los grandes sucesos que se están engendrando en nosotros y fuera de nosotros. Entonces es el momento de utilizar nuestra imaginación para imbricarnos —meternos— en las entrañas de lo que está sucediendo para extraer el mundo de su aparente naufragio en el caos para revertirlo a criatura creada accesible, sensible, al tacto, el oído y el beso; a una criatura «hecha de amor de pies a cabeza» (6).

La imaginación creadora es una carga explosiva de elementos reales imbricados en lo más profundo del movimiento de la vida: la imaginación capta la realidad «únicas» y a su vez engendra movimiento en la realidad sensible de la criatura viviente y cotidiana.

Hay que elegir.

Yo elijo por la rebelión solidaria porque aun creo en la rea-



JOSE RUEDA

lización de un mundo en que el amor, la libertad y la solidaridad sean criaturas de carne y hueso y no bellos conceptos que oculten la lagartija del odio y de la crueldad.

TILO WENNER

(1) La Cámara Argentina de Comercio es más realista: sostiene terminantemente que la libertad está en función directa de la propiedad privada y pide una ley que proteja a los rompehuelgas.

(2) El «Ser existencial». Esta pobre carrona ha muerto de asfixia natural, ha naufragado en la fatalidad al negarse a dar una base solidaria a «su libertad». La preciosa «Nada» de que hablan es una mala versión de sus deseos de autodestrucción. Pero no cabe duda que ha servido como lavativa a la infecta mierda de una cultura desprovista de raíces vitales.

(3) Ezequiel, cap. 37,10; cit. del libro «Proceso y realidad» de A. N. Whitehead.

(4) Véase «Criterio», 1300, enero 1958. Art. de Josef Pieper.

(5) Mientras el señor Pieper escribía eso —lógicamente para refutar el comunismo— la Guardia Nacional del gobierno de Venezuela se entretenía en alzar puntería sobre las cabezas de los manifestantes que pedían libertad. La dictadura de Venezuela estaba apoyada por los pioneros de la «libertad entendida como libre empresa». El gobierno socialista de Francia se entretenía en bombardear una aldea de Túnez.

(6) Como canta Marlene Dietrich en «Der blaue Engel».

antropométrica

en toda la extensión de mi esqueleto
de caucho
por mi superficie de acero galvanizado
o los pelos de magnolia
con la convexidad de mi cabeza de
embudos de arena
espero más allá de toda costa
la tierra de pescados y luces azules
y naranjas

en la noche de ánimas

traído del sueño
pez dolorido que mueves la luz de los
[mediodías
impulsando la reedición del tiempo
tangencial
hecho de memoria a la deriva
de intuición corpulenta
pintado de vértigo en los ojos

**cuando el deseo es una epístola sagrada
calabaza de cuero**

al alba se prenden sus palmeras abiertas a cu-
[chillo la noche
parte bajo la quilla que atesora toda la luz
[del mundo

arrastra la sangre sus deseos por un cráneo
[incorregible

cuando el alma se agita
el mar se unifica elaborando cruces blancas
por encima del sol la aurora se une en pasajes
[curvos

¿dónde el deseo en una epístola sagrada
calabaza de cuero

**del museo de piedra
la simulación del tiempo**

por los agujeros sin ojos salen las muertas
[idénticas

las emanaciones de gas se filtran
a través de los lentes opacos de los roedores
[del destino

en el lecho de las tentaciones una mujer obesa
está muerta en la llanura del alba de los ojos

la luz perenne donde la sombra no arde

estamos en la alcoba de las sentencias que no
[se pronuncian

cada uno de nosotros y todos nosotros envueltos
en tiras de papel engomado

cada uno de nosotros y todos nosotros

simulando el tiempo

CONTRABANDO

Me gano la vida transportando muertos en mi viejo Studebaker. Cuando los de la caminera me detienen, los recuesto sobre mi hombro y digo que están durmiendo. Tengo cara de tipo capaz de avenirse a todo; por eso los de la caminera me miran con aire de entendidos.

Una vez venía con una rubia desde Salta. Era una muchacha de cabaret de veintidós años, recién iniciada, que me mandaron a buscar sus padres. Dicen que se envenenó. Es posible, porque tenía una muerte simpática de labios carnosos, aunque muy pintados. Por eso, y por mi cara de tipo que se aviene a todo, cuando un policía me detuvo hizo alusiones incorrectas y sugirió una orgía, mientras miraba a la rubia con ojos de payaso lascivo. Tuve la tentación de complacerlo para ver cómo se ensuciaba los calzoncillos; pero dije, atento a mi negocio, que yo era el marido.

La muerte de la rubia parecía cantar; estaba perfumada con Chipre de Coty. Nunca tuve una muerte más viva en mi viejo carro. Recuerdo que le besé el pelo y que tenía un gustito suave, de una tibieza fría.

Era una muerte libre, no observada. Una bella disposición mortal que lubricaba su piel lisa y que conservaba la huella de unos dientes jóvenes cerca de la yugular. La rubia era realmente un lindo pedazo de carne con un fino vello que sonreía en sus brazos. Su muerte le había lamido el escote; y bajo una epidérmis donde se habían petrificado los latidos, se adivinaba un pájaro de hueso que le roía la sangre alegre y barata. Un lindo espécimen de rubia.

Ella tenía la calma cerrada y orgullosa de un santo surgido desde abajo y un dejo amargo de intrusión en la eternidad, como de culpa por no haber respetado la fila. Y también un asombro dulcemente infantil por haber transgredido las reglas de un juego solemne y sin mayor inventiva, con sus cejas arqueadas ante la travesura. Y con su aire de muñeca muy jugada, y sin embargo coherente en su rotura, olisqueando su olvido congelado, se apoyaba en mis hombros adaptables a cualquier estructura de la muerte.

La mano pintada de la rubia se deslizó por mi muslo. Era una caricia ausente y de una remota coquetería, y yo me sentí muerto. Un muerto entusiasta y capaz de amar como lo hace un muerto.

El amor de los muertos consiste en un contacto lejano, parecido al de ciertos árboles. El amor vuela y busca en la distancia, de tumba en tumba, y engendra los espectros. Mi amor a la rubia era un polen de sombra, mientras mi auto corría hacia un precipicio. Porque sentí deseos de acabar en la caída.

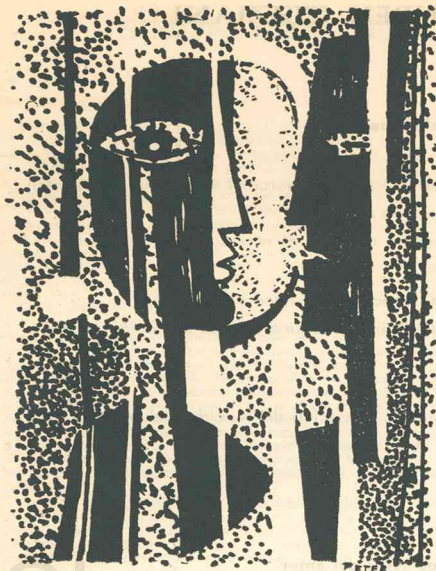
Una culminación aérea, una delicuescencia mortal entre efusiones de miedo y de placer. Me sentía un seductor de hueso, de sangre acicalada por el sueño. El vértigo me secaba la saliva y me aumentaba el goce, y sentía juntármese el licor de la muerte.

La mano de la rubia cayó de mi muslo y frené al borde. La miré; tenía dos rayas celestes entre los párpados. Su boca estaba azul bajo el rouge resquebrajado y un estremecimiento de placer se había congelado en sus mejillas. Entre los labios asomaban sus dientes de un hermoso esmalte azulino. Parecía viva y muerta. Su parte viva me rechazaba, con un candoroso gesto de pudor. Pero la otra parte me cantaba con su voz de barro, y me abría los brazos sin abrirlos; su vestido de seda tomate estampado de negro se adhería a su vientre y el ombligo insinuaba su sombra. Sus rodillas redondas bajo el nylon, se juntaban; y un calor helado y anhelante me transmitía su ardor de mármol trabajado.

Para amar a las Venus de los parques hay que ser un Priapo de piedra. Y para satisfacer a una bonita rubia muerta, hay que estar como ella.

Bajé del coche, excitado y confuso y me acerqué al precipicio para mirar abajo. Medité.

Cuando la rubia me tocó el muslo, parecía amarme, con un gran movimiento de pasión nacido de su muerte, que tenía una



expresión mundana de sarcasmo y desafío. Me estaba excitando sin que yo me hubiera insinuado. Pero ya sé que soy un tipo con cara de avenirse a todo. Claro que eso no es una excusa para que los muertos se atrevan a un abuso de confianza, a un avasallamiento de la persona en pie.

Parecía amarme, ¿pero cómo? Como se desea a un muerto: el muerto ese de la esquina, ese tipo con cara de avenirse a todo que se está pulverizando bajo una maceta de geranio, por ejemplo.

No. Yo me sentía un muerto más refinado; capaz de amar a una mujer viva. Rubia y joven.

¿Por qué retiré la mano? ¿Acaso tenía celos de las rubias vivas? ¿Acaso yo estaba demasiado vivo para ella? ¿O demasiado muerto? Yo no sé qué sonrisa me había dirigido su cuerpo a través de la seda chillona de su vestido. Yo no sabía, pero quería...

Miraba, mientras pensaba todo esto, las piedras puntudas del precipicio. Mis ojos se detuvieron en una particularmente aguda, con algo de fauce de pájaro dientes.

Oí un rumor. Volví la espalda y la rubia no sé si me chistó, o era una mariposa que se achicharraba en el radiador.

Entonces decidí precipitarme con mi rubia. Estaba tan enamorado que le pellizqué la mejilla y le besé el cuello. La mordí donde estaba mordida.

Pero por ahora —me dije— nada más. Ya habría tiempo, en el abismo, de jugar convenientemente en un lecho de hierros retorcidos, entre flores de bielas.

Aceleré hacia la caída.

—¡No! —gritó la rubia.

Frené. Miré a la rubia. Me miraba con ojos de locura; se apartaba de mí con un insano gesto de terror; me arañaba las manos y gemía.

Estaba viva. A su manera.

el dique en alto

he visto donde tuerce el aire hacia el desorden
y poco a poco
se me muestra el reverso del grito

he conocido el sistema desatado
del martirio en una plácida ejecución de redes

y nada fue
sino la sensación del suicidio del hueco

los actos del amor

retorno inutilmente entrelazado a la aspereza
[del canto]

mordido de soledad y absurdo

hacer yo dije
y más diré

se recuesta partido hacia metales extraños
sin adjetivación posible

indefinidamente determino el pasado

en sellos posteros e imposibles

caos caos

ruge el verdor del parto

y toma forma íntegramente colectiva

derramado en ausencia de colores y vestigios
[formales]

arriba

el monte y el amor recién hechos

sin semejanzas se nutren de pureza

G. R.

Con un brusco movimiento de su brazo izquierdo, G. R. volcó el tintero y el espeso líquido comenzó su accionar lento, perezhoso. La víctima inmediata, y única posible, era el tomo lujosamente encuadernado de esa obra que con tanto frenesí estaba devorando, aún cuando no alcanzara a percibir desde su intrínseca estrechez el significado de la lectura, razón que impidió el nacimiento de su posible destino.

Permaneció, no obstante, sentado ante la mesa, con los ojos fijos en esa última letra que el avance destructor de la tinta negra aún no había profanado. Experimentó la absurda y casi elogiabile sensación de que su visión imprecisa y tal vez agonizante, estaba representada en esta emergencia por ese último signo, de cuya estabilidad dependía la configuración inmediata, imprescindible, de su devenir.

Tal como otras veces, cuando aquel ómnibus amarillo destrozó a esa mosca impersonal y nació más que él observó el hecho y todos fueron inmunes a su dolor, o como en ese amanecer, hacía justamente casi cuatro meses, cuando se abrió la calle para llenar el objetivo de esa mañana y se debatió en la incertidumbre de la existencia temporal de esa palabra que alguien que recordaba pronunció a sus oídos una vez, no sabía para qué, tuvo la impresión impostergerable de que este instante, abrumado por el peso de tantos sucesivos aconteceres, pendía sobre su mirada decisiva con la plenitud de un ruido trepanador que fuera maquinalemente acumulando la violencia desbordante de su esfuerzo con la impotencia de una resistencia pasivamente feliz.

Recordó la subordinación de incalculables hechos a ocurrir con precisión que no se atrevía a predecir y temió por contados vibrantes respecto a la importancia de aquel momento crucial. Tuvo conciencia inmediata de populosas imágenes que acariaron asombradas el rigor consolidado de un suceder tan imprevisto, y la pantalla iluminó de matices sugerentes las formas que surcaron incansantes esa mínima fracción de temor coordinado.

Luchó con ardor contra ese viento breve que, como a menudo, ahora se ensañaba en arrastrarlo lentamente, y gritó. Vió la mancha negra que volaba rigidamente y caía sobre su boca abierta, que masticaba a tragos herméticos un líquido moldeado de espacio; presintió un motín indomable deslizándose su presencia entre la dureza fabulosa de un estarse hecho multitud acontecida, y su asombro presuroso, que crecía suavísimo, envolvía, en esa danza que poblaba el ritmo casi ausente de su visión estremecida, la magnitud de sus dedos finamente alargados sobre la mesa marrón, triste. Y gritó. Un calor riguroso enturbió la violencia de su gesto y la sonrisa, dulcemente bosquejada, agitó la simiente del oleaje incontinente, hasta que una palabra rutinaria desnudó la lúcida pureza del fervor ya culminante.

Leves dosis de un color impreciso, azul, languidecieron desde el cabello hasta la mueca total, definida, del cuerpo en tensión. Y gritó, dónde, dónde, porque esa gota final había llegado al extremo desbordable y su boca, G. R. estaba muriendo muchas veces ahora, de súbito incontinentemente abierta, era testigo feliz, irresponsable, de dos manchas —algo casi había ocurrido sin duda puesto que G. R. quiso recordar qué palpitaba en su cerebro y no podía ubicar: aunque tenía sueño y pocas ganas de ir a buscar el papel secante porque apenas se notaba el salpicón sobre la hoja y lo mejor era limpiarlo con el dedo para no molestarse hasta el escritorio de tal manera que podría dar vuelta la hoja y seguir adelante hasta concluir el capítulo tan interesante y — negra incisiva y roja contragolpe pugnando vencerse entre el esquema acogedor y no importaban las consecuencias hasta que un murmullo pastoso insinuó su prioridad y una voz creciente amagó un tiempo seco, inamovible arrojó la mano mecánica, inocente, y limpió, limpio, hasta que un líquido desenfrenado arrolló el color de las páginas y G. R., cerrando violentamente el libro, tapándose la boca con los dedos finamente alargados sobre la mesa marrón, triste, para ahogar alguna palabra extraña, determinado por un impulso ajeno a sus fuerzas, casi comoveador, apoyó algo así como su semí muerte definitiva sobre aquel lejano ensueño tímidamente insobornable.

De inmediato, de repente, recordó su dolor ante aquella mosca tan inhumanamente destrozada por ese ómnibus amarillo...

Llega y me vuelvo para atrás

Llega y me vuelvo para atrás
 siento sus pasos
 el desorden infantil de sus manos
 Viene con el amor en las espaldas
 la costa pensativa de los hijos
 el alarido el parque de los débiles
 Todos los días llegan sus cabellos
 de uno en fondo caminan por los techos
 y no regresa
 La casa los fusiles
 se acuestan al lado de mi cuarto
 Todas las noches
 gira con el cielo
 Todas las mesas
 tienen sus ojos impacientes
 la risa que descansa sobre el árbol.

La torre

En general el mismo miedo
 el mirar lentamente la vida
 la alegría de tener la infancia
 aquí conmigo.
 Pero no importa.
 Me quedaré hasta que caiga el sol en mí.

Poema

Cada árbol
 calla
 su voz
 de flauta
 y aguarda
 tu presencia.

«vigilia del aire»

Arbol
 en
 aire
 naciente
 ojos
 ojos quebrados
 de vertiente
 sostén
 tu vigilia
 ella
 emerge
 fuera
 del universo
 que llova
 va
 penetrando
 cubierta
 de palomas
 tatuada
 con el ala-aire
 del sueño
 hacia
 el infinito
 de su nombre.

Octógono fosforescente

De los cabellos pezuñas endiabladas,
corazones
configurados por la ausencia de los sonidos
en la flor azul sobre el tejado rojo

Los moribundos
no alcanzaron la altura del disco rayado

De los peregrinos
sobre
las huellas bajo los tallos gigantes
en las axilas de la mujer santa

De los desfiladeros del perdón
en las fronteras
batidas por el avance
de los filos
de la consumación entre el hombre y la mujer

De los triángulos
consagrados al campo de descenso
para las tempestades continuadoras invencibles
en el oficio
de lámparas de hacer la noche

El mar
nunca tuvo en cuenta la odiosa plegaria
del fabricante de ataúdes

De los condenados
en la cárcel octogonal
confundidos en la designación llaves de plata;
de los confinados en las islas
aparecidas
cuando la luna concluía la danza
de los peces
cuando ya nadie tenía corazón
para adquirir regalos de los fáciles adoradores
de la temprana llamada
a los oídos
de la italiana recién construída

De las arañas cortesanias
en la lengua tierna
de la novia en las mejillas del prometido
en las carreteras con bellos
refugios
para las ruedas detenidas en hacer
por fin
un minucioso análisis de las manos intrépidas

En los timbres de la selva
cuando
despierta de espaldas a las costumbres
aceptadas para todos

Pero
los fijados mueren de la mordedura
del musgo
en las paredes de sus casas

De los enviados inquietantes
cuando
la paz lograda es una cinta comestible,
con la fosforescencia verdosa
en la melena
del asesino furtivo,
de la carrera libre,
por los ascensos en la continuación del mar

Cuando imagina
es una piedra

Amanece de la maniobra inevitable estallido
del trueno agudo

OMAR RUBEN ARACAMA

Poema en punto

Llega la embajada del negro,
a socavar en vivo aire
mi máscara sobrepasada.

Las campanas doblan
la esquina del duelo.

El cielo es de cuarzo.
De pulpa devorante.

Estoy aquí.
Me desmorono.

Arrancado de luz,
de ardiente cuajo
y vómito en puerta.

Cráter de soledad.
Ultima llama.

A Elias Hana

Desde épocas primitivas el hombre ha usado distintos medios para expresar de algún modo su relación con oscuras potencias que lo anonadaban; su temor de Dios, o sus contactos con ese ser más peligroso y astuto, más invisible todavía: el hombre mismo.

Hablaremos aquí de poesía, sin incurrir en definiciones que hagan abstruso el tema. Lo haremos en la seguridad de soplar un viento helado sobre oídos acostumbrados al tibio gesto que enmascara y diluye.

Nada de historia. Estamos en febrero de 1958. Los acontecimientos superan con su fuerza a los enanos que escriben la historia sentados sobre los hombros de los días.

La poesía es el más difícil de los oficios; el que encierra mayores riesgos.

Es sustancia viva del hombre.

Es un relámpago del pasado ancestral, quemándonos la carne en el presente clandestino del poema; en un futuro sin sangre clausurada.

Es sílaba, palabra y verbo en hombre conjugado; en valentía sin retórica; en cópula decisiva con el hambre de amor de los demás.

La nación que no comprende a sus poetas es como el espíritu de un gigante que no quiere renunciar a su infancia de gloria; cuando los poetas jugaban al peligroso oficio de ser incomprendidos.

El poeta actual ensancha los límites rígidos que la rima impuso a los siervos dorados de otras épocas. Sumerge sus pulmones en el ancho tumulto de la calle. Ausculta la flor del sexo oprimida por el ensotonado ademán oscurantista. Relega al desván del miedo a quienes eluden pronunciarse sobre asuntos en que el coraje es la columna vertebral del poeta.

El poeta actual sabe que ya no puede vivir ni crear gracias a la dispensa de algún príncipe melancólico, ni tampoco bajo la mirada tierna del padre omnipotente.

Que no es un elegido ni un favorito.

Intuye que si no trabaja para acuñar nuevos vocablos e imágenes que denuncien a los enemigos del espíritu, está perdido: él y los demás.

Que no puede dar su espalda al implacable advenimiento de las mayorías al ejercicio del poder espiritual y político.

Que es hora de dejar el arpa del rocío, para empuñar el arado de la palabra; hecho de impaciencia y de barro, de cielo y de lágrima impetratoria.

El papel del poeta dentro de la sociedad contemporánea es el de un insobornable testigo de la realidad social, en abierto ejercicio de denuncia.

¿Denunciar qué? ¿A quiénes?

A los que utilizan el idioma nacional con hábito e intención folklorizante; para lograr consciente o inconscientemente, someternos a los fantasmas de su raquítico creador; y, con el pretexto de defender lo nuestro, estancarnos en fórmulas estéticas caducas.

A los que «administran» nuestro acceso a las fuentes de publicación; ejerciendo de este modo una odiosa política literaria.

Esto conduce inevitablemente al escepticismo creador y a la falta de fe en nuestros propios valores.

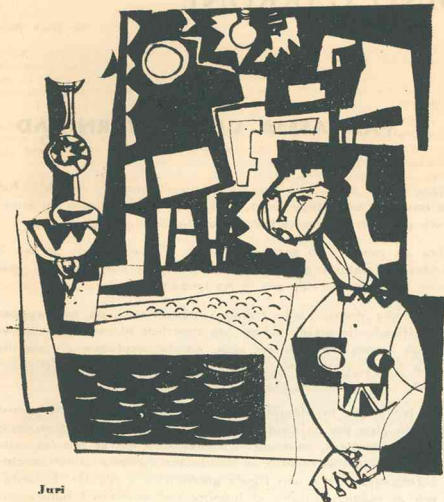
A los que, amparándose bajo rótulos de vanguardia, no pueden, a pesar de ser jóvenes, ocultar la decadencia de sus juegos fósiles; de sus minotauros de angustia.

A los que, situándose en la esfera religiosa, socavan la armonía de los poderes en vigencia; pretenden instaurar la «libre enseñanza» y se oponen al laicismo; que no amordaza ni cega la espontánea expresión de nuestros anhelos de enfrentar a lo Absoluto.

A los que utilizan tanto su izquierda como su derecha, como una manera más de escapar de su caos interno, y no como el auténtico fruto resultante de una lúcida reflexión, puesto al servicio de los demás.

A los que todavía piensan que la poesía es un objeto de lujo, apto para ser gozado por selectas minorías esquizofrénicas, o genios espongiarios, que todo lo absorben, sin dar nada a los demás ni a sí mismos.

Omar Rubén Aracama - 1958.



Juri

SIMON KARGIEMAN

requiem

sin banderas la ciénaga
extenua mansedumbre de palomas

una piel blanda construye la frente gris
del asombro

pero la voz sembrada de colores
que nacen cada instante
en mi cabello sin espejo
yace

y la sombra
de miradas anchas
en cada temblor
viene

desde un ala de pétalo sangrando luz
en esa raíz que leo en mi garganta

entre cuenca lentovacías
de burbujas verdes

y la campana

zumba
un viento de caer
inminente,

muerto.

FANTASMA DE LA ETERNIDAD

Una de las cosas que más me impresionaron en mi vida, fué una tontería: un silbido largo, aflautado, que producía un automóvil, pasando por las calles de Bolonia.

Era de noche. Yo estaba acostado. Aquel silbido se oía a grandes intervalos regulares, preciso como el «boomerang», que vuelve a las manos del que lo ha lanzado.

No podía dormir. Sólo trataba, esperándolo, de comprender el significado de aquel sonido; de descifrar el mensaje, de saber qué oscura zona de mi vida, podría resolverse en aquella música breve, rapidísima, y cargada de no sé qué angustioso secreto.

Vuelvo a ver la máquina. Inclinado sobre el volante, como buscando algo por la ciudad vacía como un nicho, recorriendo las calles idénticas, saliendo y volviendo a entrar por las mismas puertas, sin advertirlo, el conductor cumplía una trayectoria correspondiente a una figura geométrica y regular. Encantado por el mágico sonido, el hombre del automóvil habría corrido hasta la mañana, hasta la noche siguiente y no se hubiera detenido sino con la última gota de nafta, convencido de haber cumplido un viaje maravilloso, con la máquina paralela a la ruta de los astros y vecina a la armonía de las esferas.

O quizás... sí, quizás, aquel hombre era yo, doblado en dos partes simétricas, igualmente desveladas y rotantes una sobre otra; perno y circunferencia, reposo y movimiento, silencio y canto finalmente reunidos. La perfección.

Pero después sentí miedo de este pensamiento, y metí la cabeza bajo la almohada para sofocar el odio.

El silbido me buscaba lo mismo, regular y alado; pero ahora era el vuelo de un murciélago en torno de mi lámpara.

Un claxón. No se trataba, más que de un claxón de nueva invención. Sin embargo...

Creo que en aquella noche, yo estaba por morir. El claxón me aproximaba a la idea de la eternidad. Sin él, tal vez me hubiera visto encendiendo y apagando la luz.

Porque no podemos aproximarnos a la eternidad, sino a través de la riqueza de una desolación repetida.

(Versión de H. L.)

Dino Garrone. Escritor italiano — «Prosas» 1934. «Cartas» 1938 — «Confidencias artísticas» 1938 — «Un ensayo sobre G. Verga» 1941 y «Sonrisa de los Etruscos» 1944 del cual ha sido tomada la versión de este cuento.

Una sociedad sin «poder real», sin «orgullo real» no puede atribuirse una cultura verdadera: Es un esqueleto.

El Latinoamérica vivimos un vacío real: Una pseudo-cosmogonía-político-cultural pretende ocultar con su fraseología una realidad político-cultural muy distinta.

Esta es la verdadera «historia negra» de Latinoamérica; mientras por un lado se hace alarde de una doctrina «principista y legalista» por otro se aplican los métodos clásicos de la España «egalista y principista» de la Conquista; terrorismo policiaco, explotación económica de la clase trabajadora, distribución medieval de la tierra... Siempre la misma antinomia:

- a) Código de Indias - Encomenderos.
- b) Derecho - Exterminio biológico de los pueblos.

En Latinoamérica como en Argelia se nos habla de una «defensa de la civilización» y se procede sin más a la aniquilación de los «rebeldes».

Esa «barbaria civilizada» pone de manifiesto que la tan decantada Kultur de Occidente, aceptada y propagada por las universidades, escuelas primarias y secundarias, la prensa, los radios, misiones culturales, etc., es un trágico error; debiera llamársela más bien: UNA ELEVADA TECNICA DE LA DESTRUCCION EN MASA de los pueblos que alimentan la «rara» pretensión de ocupar por sí mismos un lugar bajo el sol.

No se trata de exaltar la bandera: «AMERICA VERSUS EUROPA» sino de denunciar un estado de cosas que atenta contra la existencia de la especie humana. Este estado de cosas no es específico de Latinoamérica; se encuentra donde los seres humanos son aniquilados por defender su autodeterminación a una vida y a una cultura que responda a un lugar y tiempo reales.

Para nosotros el término «BARBARO» significa esto: Utilización de los instrumentos técnicos y morales contra la vida de un ser humano: esta es la realidad latinoamericana.

Mientras los «ideólogos», «filósofos de capa y espada» siguen buscando «elementos de juicio», los generales libertarios» entrenan el último modelo de ametralladora en las cabezas de su pueblo acosado por las necesidades más elementales.

Es tiempo de acabar con la hipocresía:

Una sociedad — en el mundo actual — que no afronta su realidad inmediata y la resuelve por sí misma está condenada a una vida vegetativa; donde la inmensa mayoría de sus miembros vive en la miseria material y espiritual.. Es claro que esta incapacidad de resolver problemas es fomentada y sostenida brutalmente por un grupo de beneficiarios directos. Esta «élite» compuesta por militares, clérigos, empresarios, poetas, intelectuales, pedagogos, profesionales... sustentan la increíble teoría —fraseología— de una cultura de minorías; pero estos ilusos confunden sus deformaciones mentales con cultura. Como la realidad móvil no responde a sus esquemas, se ven «en la obligación de tomar drásticas medidas».

Pero al margen de esas tenebrosas elucubraciones pseudo-metafísicas, aquí en Latinoamérica, en Argelia, en el Omán, en la misma Europa y también en Estados Unidos indudablemente viven unos seres que se llaman hombres y mujeres; estos hombres y estas mujeres saben, sin que nadie se lo diga, que el amor, el odio, la necesidad de comer todos los días, que la muerte, son valores absolutos; y que los traficantes de alimentos, de armas, de conocimientos son criminales y nada más.

En todos los países del mundo hay una realidad básica; esta realidad tiene una calidad y una cantidad; es decir, que es susceptible de una numeración y una valoración; cuando se hace esta numeración y esta valoración es por algo y para algo.

Latinoamérica, tiene una realidad básica compuesta por su geografía, sus fuentes de riquezas naturales, tiene una historia oficial y otra real, tiene hombres y mujeres, tiene dictadores asociados con banqueros, estancieros, empresarios, abogados, etc. Pretender sustituir esta realidad por un dogma legal es un crimen sin apelación posible.

Una piedra, un árbol son pedazos del mundo que habitamos; y como tales provocan una sensación en nosotros; esa sensación puede ser el contenido de una creación. Esta presencia real de la piedra y el árbol nos enseñan lo siguiente: UN QUE Y UN PARA QUE susceptibles de una vivencia y de una valo-

ración. He aquí el punto de partida de una creación y una cultura con vigencia inmediata para una sociedad.

En Latinoamérica es tarea elemental de sanidad dar expresión a la tremenda energía natural y espiritual que late en la tierra y sus habitantes. Los instrumentos para esta tarea han de ser:

- 1) El amor.
- 2) La libertad real: seremos libres porque podemos y lo haremos por la gloria de la especie humana.
- 3) El trabajo solidario.
- 4) La creación poética y artística sin otro compromiso que la irrevocable lucidez inherente a toda creación auténtica. De este modo el poeta y el artista serán fieles a su ejercicio de taíes a su pueblo.
- 5) La técnica es un instrumento noble: es una verdadera creación, y como toda creación tendrá un fin noble: liberar al hombre.
- 6) Toda utilización de la técnica para destruir la vida del hombre o reducirlo a un estado de semi-esclavitud material o espiritual deberá ser resistido y destruido.

Pueblos de América y del resto del mundo oprímidos por feroces bandas de explotadores y torturadores ésta no es hora de claudicaciones sino de lucha.

Poetas, artistas e intelectuales de América y del resto del mundo oprímido por feroces bandas de explotadores y torturadores del espíritu creador, ésta no es hora de claudicación sino de hacer poesía, pintura, música y escultura que quemen y renueven las vertientes de la vida.

RODOLFO AHRENS

CRONICAS

Cine

Rosaura a las diez

Marco Denevi escribió una novela popular ingeniosa y bien tramada, modelo de narración dentro de sus honestos propósitos de escribir para el gran público. Su buen éxito permitió que se le filmara y fué Mario Soffici quien la realizó. La película tiene clima: el relato es claro y el director demuestra su oficio y artesanía. La interpretación es mediocre y la música es un poco barata. Hay algunos lugares comunes que no están en el libro y una excesiva discreción en el tratamiento. Yerros suaves; no esas grandes equivocaciones memorables.

Va a Cannes.

Teatro

Tennessee Williams en IAM

Tres piezas de un acto, dirigidas por Marcelo Lavalle.

Es un espectáculo digno, con actores bastante aceptables. La carta a Lord Byron huele un poco a Henry James y tiene ese melodramatismo peculiar de T. W.; los recuerdos de Berta, adocenados y redichos. «Auto de Fe» es lo mejor. Su ambigüedad permite especulaciones tal vez más profundas que las del autor, porque tengo la impresión de que a éste se le escapan los personajes. En toda su obra hay una oscura intuición y un temor patológico; creo que algo vergonzante.

Hay que ir al IAM. Alguna actriz demasiado consciente de su capacidad, otra de una naturalidad un poco de buena fe y otra quizás demasiado posesionada cuando el personaje está a su alcance, no inciden mayormente en la corrección del trabajo en general.

La dirección... digna.

Radio

El gran actor, director y autor

El gran actor, director y autor Amado Adip ocupa la crítica teatral de Radio Nacional. Recomendamos su magnífica obra «Hilarión» que no es un gaucho resentido. Las autoridades radiales que capitanea Silvana Bulrich (ex-palénque) han demostrado como en el mes pasado con el fino y sagaz Rafael Esteban, que saben elegir los hombres ad-hoc para tan difícil materia. Sugeriría, para abril, a Salvador Accorinti. O Pablito Calvo.

H. L.

Tengo el mal hábito de asombrarme cuando un ser humano hambriento es perdonado comprensivamente —los seres irracionales no llegan a sufrir tal conmiseración— por jueces conmovidos después de robar para seguir sobreviviendo.

Pero ahora ocurre que una leve variante de este tema clásico me tiene desconcertado, y por eso apelo a quienes lean para que me expliquen qué significa lo que sigue: en Seúl, Corea, se halla internado en un hospital al niño de 13 años y 1.20 de estatura, Kim Choon II. ¿Por qué? Pues por haber cometido la tremenda osadía de introducirse en un puesto del ejército norteamericano para robar algunas ropas, por las suyas estaban hechas jirones, consiguiendo llevarse un encendedor y otras cosas. Cuando salía, varios soldados, haciendo méritos para un ascenso inmediato, se abalanzaron sobre el invasor y lo redujeron luego de cruenta y dramática lucha. Posteriormente, llegaron dos oficiales y un sargento, y éste último dando muestras del evidente amor a la humanidad que pregocan los defensores de la democracia universal donde se hallen, resolvió dar el ejemplo para que ningún niño de 13 años y 1.20 de estatura volviera a repetir la tentativa: tomó un cuchillo y le afeitó al delincuente la cabeza y las cejas, luego de lo cual y con la ayuda de los restantes valientes soldados, lo metieron en un cajón, al que clavaron la tapa.

En el hospital como corolario, y demostrando haber aprendido la lección, el niño confesó que sabía que había hecho mal y que estaba arrepentido.

Y ahora yo pregunto, ¿cuándo obró como correspondía Kim Choon II: al robar o al pedir perdón?

Leyendo «La Razón» del 6 de marzo nos enteramos, con profunda emoción, de una noticia sensacional que conmovió nuestras fibras más íntimas y angustió nuestros puros espíritus, impotentes para solucionar un drama tan desolador, tan irremediable. El príncipe Alejandro de Yugoslavia, sobrino de la reina de Inglaterra, de la duquesa de Kent y del rey de Grecia, yerno atribulado del ex rey Humberto de Saboya, ha declarado, con decisiva convicción, después de constatar la imposibilidad de seguir ocupando su tiempo en una empresa naviera, lo siguiente: «Tenía una excelente posición y la he perdido. Es necesario ahora que encuentre otro trabajo. La vida es dura»; agrega que no puede vivir de renta y llega a esta asombrosa deducción que nos deprime hasta la congoja: «No puedo dejar de trabajar porque la plata se acabaría muy pronto».

¡Valor, heroico príncipe legendario! ¡Recibid nuestro solidario silencio para con vuestro inenarrable dolor!

S. K.

SOBRE EL AMOR

Al sumergirse en la sangre, el hombre descubre su pasado y no puede menos que nadar hasta la orilla y esgrimir desde ahí la angustia que significa la comunicación.

No es necesario, hacer pliegues en la conciencia. El dolor o lo que Aristóteles llamaba la felicidad, y nuestros burgueses al entornar los ojos, esconden bajo la forma de un televisor, o el «cadillac» constituyen una fórmula de vida, un slogan de corte ilusorio. La intención de esta propaganda estatal y capitalista monta entonces, la teoría de los inadaptables sociales y luego un descanso de fin de semana.

El desorden de este orden preestablecido oxida nuestra única seguridad, la permanencia al borde de la muerte. Y el hombre, ese sable alzado contra el cielo, marca entonces sus perlas con el signo luminoso del amor: prescinde de algunas virtudes teológicas y sin dificultad ninguna hace fuego sobre sí mismo pasando directamente al centro de la vida.

Ya no retorna a la simetría, a las enfermedades de viejas sopranos ligeras.

El tiempo se ha rajado y el cielo se abre en un atardecer de verano. Se parte cada vez que asume su deseo de amor.

Sabe que los pájaros salen y se pierden.

L. E. M.

TIPOS

Anoche una pintora abstracta me dijo que habló con un poeta que le dijo que el hombre estaba superado. Y por supuesto, la mujer. Ella le contestó que era una perra. El le mordió un pecho.

Un poeta «social» estaciona su Cadillac en los ambientes de oprimidos. Desde su asiento escribe cantos para ellos. Y luego se va a su círculo estragado por tanta miseria y se indigna con un exquisito prosista porque se hace masturbar por la madre.

Alguien le dice que lo que importa es la obra. Los dos pueden ser maravillosos. Pero a lo mejor ninguno de los dos son capaces de hacer en sus vidas privadas lo que se dice de ellos, y entonces todo se viene abajo. No nace tan a menudo como se cree, un Dostoievski (ese callinita genial).

—Hay que prescindir del hombre como elemento de creación, eso ya lo hizo un tal Dios. Hay que esculpir amebas; dejemos el barro, trabajemos con oro. Nueva lira: forceps —dijo uno de los numerosos poetas geniales de diez y ocho a veinte años— la juventud es hermosa.

—Shakespeare, O'Neill, etc., no nos interesa compañero; el pueblo argentino no está capacitado para entenderlos. Tenemos que empezar a hacer cosas accesibles para la mesa señor... perdón: compañero —dijo la actriz vocacional, una preciosa muchacha acodada sobre un libro de Stalin. Me mostró las obras elegidas. Una rusa (no, soviética) y «Las preciosas ridículas» de Molière que, según Audiberti; es popular como los dioses y los pavimentos.

H. L.

REFLEXIONES SOBRE EL MIEDO

El imperio del miedo desarrolla sus sutiles tentáculos; su enjambre de negras abejas en la catedral del desamparo. Epoca de hierro ésta. Epoca trágica.

El hombre está corroído por fantásticas posibilidades de destrucción; y tiene que dejar sus días de furia al borde de los ojos, en la inicial ojera de su alma envasada.

—Tenemos en los demás a nuestra propia sombra agazapada; nuestro yo invitado se pasea por los sótanos de la sangre; hay «algo» que nos persigue como un sol feroz hasta el espejo de los ojos; somos nosotros «mismos»; inclinados y perpetuos en cervical acantilado de terror.

—El miedo sirve para muchas cosas. Es nuestra herramienta favorita. Lo utilizamos como un dulce y afilado aguijón que penetra, lento pero seguro en los oídos vírgenes de los que en política, por ejemplo, son como niños que siempre están esperando el dorado pezón de las promesas preelectorales.

—Cultivamos el bacilo del miedo con primorosa deflección, con experto gesto de matrona. Es el primogénito que guardaremos secretamente para futuros esguinces de asombro.

Todo político siempre tiene listo el sombrero de donde extraerá con ágiles dedos el sombrío conejo de la incertidumbre; el retorcido áspid de la angustia; bajo forma de «crítica constructiva» y «toma de conciencia», frente a los arduos problemas que representa una posible candidatura.

—Se necesita un coraje a toda prueba para resistir los embates de los que nos quieren convencer. ¿ConVencer de qué?

¡No pierdan más tiempo, señores! Hace mucho que estamos convencidos. Ahora empiezan a soplar vientos de fronda, y no somos nosotros los que perderemos, tratando de anular voluntades. Que eso es lo que ustedes han venido haciendo. Será mejor que cambiemos de mano, no sea que no tengamos ni para «permanecer en la huella».

Omar Rubén Arcama.

?...
?

Al hacerse cargo del poder el presidente electo Dr. Arturo Frondizi aparecerán, como novedad literaria, 80.000 ejemplares del libro escrito por el ex Dictador. ¿Quién será el primer lector?

R. Q.

SAKIET Y LA LIBERACION DE FRANCIA

«El bombardeo de Sakiet es comparable a la liberación de Francia en la segunda guerra mundial».

«Nosotros estamos liberando a Argelia».

El fin justifica los medios:
«No tenemos escrúpulos durante la batalla con que liberamos a Argelia, en aniquilar a miles de Tunicenos, hombres, mujeres y niños» (1).

Alphonse Juin
(Mariscal de Francia)

«De ésto a ésto,
«los Franceses (en Argelia) cometen excesos contrarios al derecho natural y a la ley de Dios» (2).

(Cardenales y Arzobispos católicos de Francia).

—«Está haciendo un juego la iglesia?»

«Vámonos».

«No recibiremos a los comisionados de Concordia, ellos (desde el 10 de marzo de 1952) han demostrado una marcada tendencia favorable al gobierno de Fulgencio Batista; sólo reconocemos el derecho a mediar en este minuto dramático a los propios obispos que iniciaron la gestión de paz» (3).

Manuel Antonio de Varona

(Pres. del partido auténtico abstencionista)

«Un Voto de confianza a la Comisión de Concordia» (4).

Carlos Mansa Arceaga

(Arzobispo de La Habana).

«Apunte».

Los pueblos desconfían de la iglesia; exigen una prueba de su buena intención; que los obispos abandonen su silla de oro y salgan al encuentro de su pueblo.

La Iglesia Católica Argentina sigue fiel a su misión reaccionaria: lo único que le preocupa es el «matrimonio por la Iglesia».

«Los Estados Unidos como líderes de las naciones Occidentales debe realizar el amargo deber de mantener una maquinaria militar tan potente y costosa como la de la Unión Soviética.

«Pero ese requisito no se aplica a los países Latinoamericanos» (5).

Gonzalo Facio

(Rep. de Costa Rica en la OEA)

«La explicación de ésto lo encontramos en ésto.

«La presente política de Estados Unidos ante la situación Cubana es justa» (6).

Ray Rubintan

(Sec. de Est. adj. para asuntos interamericanos)

«Apunte».

La «Civilización Occidental», como lo demuestran estos apuntes, está llegando al cenit de su gloria. Esto significa un peligro para las «Grandes Potencias».

Filosofía del empresario yanqui:

«lo que no es bueno para el inversionista norteamericano es comunismo».

«la voz del fantasma en los Estados Unidos no ha vacilado al decir que Fidel Castro y el pueblo cubano que está unido detrás de él, son comunistas» (7).

Germán Arciniegas (Aliés el Viajero Renegado).

¿A quién nombrará en su lugar el Departamento de Estado? Nosotros proponemos a Murena o a Albert Girri. Doña Victoria Ocampo está un poco «gastada» para «corresponsal viajero».

El señor Germán Arciniegas es un triste ejemplo de esos renegados latinoamericanos, si bien no tan cretino como el señor Dubois, que no creen en su pueblo; que hablan de democracia y la libertad entendida como libre empresa o libertad de prensa al servicio de la libre empresa; escriben poesías y novelas «angustiadas»; son demasiado mezquinos como para dar un contenido solidario a sus charlas ampulosas; vegetan en las embajadas; escriben denigrantes mentiras para los «diarios libres de Estados Unidos», cuando esos mismos diarios son los portavoces de las dictaduras más feroces respaldadas por el Departamento de Estado; tienen como artículo de fe que E. U. con un poco de buena voluntad podría resolver todos los problemas de sus países; siendo esa ayuda el apoyo más firme a la reacción político-económico y cultural que martiriza al pueblo trabajador y a los hombres y mujeres más avanzados.

(1) «La Prensa», viernes 7 de marzo de 1952.

(2) «Not. Gráficas», 7 de marzo de 1952.

(3) «La Prensa», domingo 9 de marzo de 1952.

(4) «La Prensa», domingo 9 de marzo de 1952.

(5) «La Prensa», jueves 6 de marzo de 1952.

(6) «La Prensa», jueves 6 de marzo de 1952.

(7) «La Razón», sábado 6 de marzo de 1952.

T. W.

Apuntes para una Historia Trujillicana

Qué se le ocurre pensar a usted, al conocer que la Universidad de Pittsburg concedió al dueño de la República Dominicana, Rafael Leónidas Trujillo «Benefactor de la Patria y Libertador Financiero», el título de doctor honoris causa.

¿Qué diría si supiera que el Presidente Eisenhower declaró al Embajador dominicano en los Estados Unidos, al recibir sus credenciales en 1955 que «La determinación del gobierno de Trujillo en la defensa de la tradición histórica del Mundo Libre y en la preservación de la Unidad del Mundo Occidental encontrarán fuerte apoyo del gobierno de los Estados Unidos?»

¿Sabía usted que el Cardenal Spellman al visitar a Trujillo en febrero de 1956 lo proclamó un «líder espiritual»?

Estaba enterado de que a raíz de una lánguida queja de su amiga Isabel Meyer, Trujillo masacró en 1937 a machetazos y metralla 30.000 haitianos, pero sólo reconoció haberlo hecho con apenas 17.000, por los que abonó una ridícula indemnización, parte de la cual compartió con el propio jefe de turno de Haití, Stenio Vincent?

Y algo más, si es que hace falta: en marzo de 1956, en circunstancias en que se realizaban las sesiones finales de una conferencia interamericana en Ciudad Trujillo (los representantes de Haití se retiraron en señal de protesta y regresaron a su país. ¿Qué había sucedido? Simplemente que se hizo circular entre los delegados asistentes un infame libelo en que se hacía alusión a la condición de negros de los haitianos y en el cual se citaba, para apoyar los considerandos, la opinión de un distinguido profesor norteamericano: «La Institución Brookings de los Estados Unidos, nos dice, al cabo de un estudio del problema, realizado bajo la dirección de Dana G. Munro, director de la Escuela de Asuntos Públicos e Internacionales de la Universidad de Princeton, rindió un informe angustioso en el cual decía, entre otras cosas...

«He aquí una ola de color que aumenta y que ha de arropar cualquier colonia de blancos que no esté cuidadosamente preparada y protegida». Y señalaba la existencia de una ley racial, llamada de Gresham, según la cual: «una gente preparada para aceptar un bajo nivel de vida y la falta de comodidad de familias numerosas, generalmente desplazará o absorberá gentes de un nivel más alto, a menos que éstas últimas aumenten su número mediante la inmigración o se protejan por la supremacía política, por barreras sociales o por leyes enérgicas».

S. K.

P. D.: Las fuentes informativas utilizadas son:

«El águila rampante», de Genaro Carnero Checa, Ediciones Semanario Peruano, México, 1956.
«latinoamérica», de Abel Alexis Latendorf, impresión del Consejo Central de Juventudes Socialistas, Bs. Aires, 1956.

SERPENTINA

sale cada tres meses

N.º 3

dirige:

tilo wenner

secretario de redacción:

hugo loyácono

consejo de redacción:

luís edgardo massa

simón kargieman

omar rubén aracama

rubén tizziani

eduardo garavaglia

aldo rinaldi

correspondencia:

álvarez thomas 571

t. e. 55-8656

buenos aires

diagramó: sussman